

LA HISTORIA VIVIDA

Fernando de la GUARDIA

*La paciencia y la constancia
definen al duque de Wellington*

Wellington, el general que derrotó a Napoleón

Hombre precavido y prudente, con los pies asentados sobre la tierra. Así era Arthur Coley Wellesley, duque de Wellington y de Ciudad Rodrigo. De la misma edad que Napoleón, tenía en común con éste ser una mezcla de militar y político. Se ganó su prestigio luchando contra las tropas napoleónicas en la Península, y su duelo con Bonaparte terminaría con la aplastante derrota de éste en Waterloo (Bélgica). Como estratega el duque no era tan brillante como el gran corso. Lo suyo no eran los golpes de efecto, ni las operaciones redondas y espectaculares, sino la constancia. Pero, siempre consciente de sus limitaciones, justo por eso fue capaz de humillar a Napoleón.

Nació en Dublín, en 1769. Era el tercer hijo de una familia aristocrática angloirlandesa venida a menos. Su padre, Garret Wellesley, llegó a ser vizconde y gozó de los favores del rey Jorge III. Gran aficionado a la música, educado en Eton y en Francia, ingresó en el ejército en 1797. Siguió una rápida carrera militar y política, destacando muy pronto en la carrera de las armas. Con veinticuatro años combatió contra los franceses en Holanda, y pasó después a la India, donde se forjó como militar al mando de un regimiento y se destacó en las batallas de Assaye y Argaon. Siguiendo la estela de su hermano Carlos —marqués de Wellesley—, entró en política como diputado conservador, consiguiendo un escaño en el Parlamento irlandés (1805).

El general Wellesley ha pasado a la historia como lord Wellington, el hombre que doblegó a Napoleón, el que le venció en Portugal, España, Austria y, por último, en la célebre batalla de Waterloo, tras el regreso de Bonaparte de su primer destierro, en la isla de Elba. Pero su prestigio como militar se consolidó en la participación inglesa en la guerra de la Independencia (*Peninsular War*), al frente de las tropas inglesas, españolas y portuguesas. Tras la muerte del general Moore en La Coruña, el duque se convirtió en comandante en jefe de las tropas aliadas, y su papel fue crucial para derrotar y expulsar a las tropas napoleónicas del territorio peninsular.

La intervención británica, dirigida por Wellington, decidió el desenlace de la guerra y la expulsión de los franceses. Combatió a las tropas francesas y las venció en Rolica y Vimeiro (1808) y Talavera (1809). Después de contener el avance francés en Bussaco (1810) y en Torres Vedras (1811), comenzó una ofensiva victoriosa hacia el interior de la Península. Tras la batalla de Talavera, tomó Ciudad Rodrigo (toma por la que le fue concedido el ducado del mismo nombre) y Badajoz y ocupó Madrid (1812). Aprovechando el

debilitamiento de Napoleón por la ofensiva rusa y la influencia inglesa en España —ambas fueron la pesadilla del Emperador—, Wellington expulsó definitivamente a las tropas napoleónicas de la Península tras la batalla de Vitoria (1813). En diciembre de ese mismo año, por el tratado de Valençay, Napoleón Bonaparte devolvía a Fernando VII la corona de España.

Wellington se había caracterizado por saber esperar y no precipitarse en acciones de combate contra un ejército muy superior como el napoleónico. Poseía la facultad de prever los acontecimientos y un gran sentido común, por lo que su imaginación rara vez chocaba frontalmente con la razón. Maestro en la guerra defensiva, cuando las condiciones le eran favorables solía mostrarse sumamente audaz, como demostró al lanzarse al ataque en Waterloo, aun a riesgo de poner en peligro las tropas prusianas del mariscal Blücher.

Su táctica se basaba en el orden defensivo-ofensivo a la vez. En raras ocasiones concentraba sus piezas de artillería; empleaba la dispersión y no la concentración. El sentido común era su táctica favorita: cuando las condiciones exigían prudencia, era prudente, y cuando no, se lanzaba al ataque como un rayo. Conocía a la perfección la constancia y la impasibilidad de sus soldados, virtudes guerreras de las que carecían los franceses. Utilizaba al máximo los accidentes del terreno, arrasando y destruyendo los recursos alimentarios y medios de transporte. «El verdadero motivo de mi éxito —llegó a decir en una ocasión— fue hallarme siempre en el lugar preciso, verlo todo y tomar las decisiones personalmente.»

Cuando el Emperador regresó de su exilio y recuperó el poder, Wellington fue nombrado comandante de las tropas inglesas y aliadas que hicieron frente a Napoleón en Waterloo (Bruselas). La victoria resultó esplendorosa. Las claves del éxito fueron la firmeza que logró infundir en sus unidades, la resistencia impuesta en el combate y el apoyo de las tropas del general prusiano Blücher. La derrota significaba el fin de las esperanzas de Napoleón de rehacer su imperio, aventura que había durando cien días. Tras la derrota, los aliados entraron en París, obligando a Napoleón a una segunda abdicación y restableciendo la monarquía en Francia en la figura de Luis XVIII. Esta medida obligó a Bonaparte a entregarse a los ingleses, quienes le confinan en la isla de Santa Elena, en el Atlántico sur. Tras un proceso largo y cruel, el 5 de mayo de 1821 el Emperador expira, sin que le asistan en el último trance amigos ni familiares y sin noticias de su mujer.

Posteriormente, y después de la rendición, lord Wellington fue designado jefe de las fuerzas de ocupación de Francia, compleja tarea en la que exhibió un talante moderado, ganando fama de justo y prudente. Desempeñó misiones diplomáticas: embajador en París (1814-1815) y miembro de la delegación inglesa en el Congreso de Viena (1815). Considerado héroe nacional y rodeado de un gran prestigio militar, pasó a formar parte en 1818 del gobierno de lord Liverpool. En 1828 se convirtió en primer ministro, aunque no ejerció como tal mucho tiempo, pues dimitió en noviembre de 1830 por su oposición a incrementar la representación ciudadana en el Parlamento. Más tarde, fue

nombrado ministro de Asuntos Exteriores en el gobierno de Robert Peel (1834-1835), y entre 1835 y 1841 ejerció de ministro sin cartera. En 1842 fue nombrado comandante en jefe del Ejército inglés, cargo que conservó hasta su muerte.

Hombre de carisma y personalidad, tuvo una fuerte influencia en la joven reina Victoria, que le adoraba. Su postura política fue ultraconservadora. Consideraba que el régimen constitucional inglés, por más que careciese de constitución escrita, era perfecto y no necesitaba ninguna enmienda, oponiéndose en consecuencia a la reforma electoral de 1830. Fue el último general que gozó de verdadero poder político. El duque de Wellington murió en Walmer Castle (condado de Kent) el 14 de septiembre de 1852, a los ochenta y tres años, y sus restos descansan bajo la cúpula de la londinense catedral de San Pablo.

A lo largo de su vida el prestigio de Wellington se fue consolidando a través de sus victorias en la Península, lo que determinó el nombramiento como general en jefe de los ejércitos españoles, nombramiento que no fue del agrado de los generales hispanos. Pero, sin duda alguna, la biografía de Arthur Wellesley, duque de Wellington, colmada de títulos, honores y prebendas, es una de las más completas, brillantes y dinámicas de la historia universal.